

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

# el hombre de negro



¿Quién soy? Soy el Mal y mi horror  
te encontrará en cada mentira



# el hombre de negro

COLECCIÓN  
Las Hespérides

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ  
OLIVARES

# el hombre de negro

(Segunda salida de Rafael Sánchez)

Novela



ESLES DE CAYÓN  
2017

© De los textos: José Joaquín Bermúdez Olivares

Madrid, marzo 2017

EDITA: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-946667-2-8  
D. L.: M--6807-2017

Diseño portada: Enrique García Puche para 3BIEN Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

## Introducción

Aunque concebida (sin pecado) originalmente *antes* que «El último de Cuba», este *Hombre de negro*, segunda salida (en orden cronológico) de Rafael Sánchez, puede leerse independientemente; se ruega, no obstante, por razones fácilmente comprensibles, que se lean ambos.

Creo que ya no quedan anticuados freudianos, post-estructuralistas o críticos sobrecogidos que puedan achacar autobiografismo a este obvio artefacto literario; valga decir, en todo caso, que yo no soy Rafael y que las únicas aportaciones «reales» a esta historia son, paradójicamente, aquellas que en los capítulos múltiples de tres nos presenta Mr. Beta (*Pan Tau* en el original checoslovaco de 1969). Personaje de una serie infantil programada en España a principios de los 70 y que a mí, qué quieren que les diga, me daba miedo. He tomado de las reposiciones de aquellos capítulos en la red su sombrero, su atuendo, su apariencia general; sus aportaciones textuales son, obviamente, mías.

Tampoco debo ocultar la procedencia de los datos que, sobre todo en los capítulos iniciales, se manejan sobre las peripecias del espionaje a mediados del siglo xx; las fuentes son bastante obvias:

—«Servicios secretos». Plaza&Janés, Barcelona, 2000. Bardavío, Joaquín, Cernuda, Pilar y Jaúregui, Fernando.

—«Los amigos de Franco». Tusquets, Barcelona, 2015. Day, Peter.

—«El franquismo sin mitos». Grijalbo, Barcelona, 1981. Saña, Heleno.

Sin olvidar la información abundante y dispersa sobre los generales de Franco y el Alto Estado Mayor. Si «El último de Cuba» no era una novela histórica, menos es esta una «de espías». Pretende componer un díptico (y si Rafael sigue con vida, quién sabe si un políptico como el de los hermanos van Eyck, esos primitivos flamencos) sobre el bien y el mal, los temas eternos de la literatura y de la vida. Si el primero hablaba del bien, la verdad, la belleza, la salvación y la santidad, este segundo habla del mal, la muerte, la oscuridad... Pero no quisiera ser como aquel pintor tan torpe que se veía obligado a rotular sus informes figuras para que el espectador pudiera identificarlas. Algún exégeta vendrá (dado el carácter de clásicos inmarcesibles que adorna a estos libros) para analizar fuentes primarias y secundarias, personajes en clave y rasgos numerológicos de su estructura (las casillas de la ruleta, los múltiplos, los onces futbolísticos...).

Pero decía el maestro Dickens, hablando de una de sus propias novelas, que «piensan que estoy ansioso por ocultar justo aquello que estoy deseando revelar» y por tanto debo declarar que el doctor Knauf, un héroe de nuestro tiempo, es el investigador de los efectos de la talidomida, y que las víctimas de esta sustancia (agrupadas en AVTTE) reciben aquí un modesto pero sentido homenaje. Por lo demás, cualquier coincidencia con la realidad es puro parecido.

*Laus Deo*, Cartagena 2017

## Capítulo I: Par.

Podéis llamarme Alberto si gustáis, ya no importa. Aunque en el tiempo de esta historia no hubiera podido escribirla bajo tal nombre —ni bajo ningún otro, me temo—.

Pues, señor, la verdad es que todo empezó un 24 de febrero de 1957, aunque tal vez empezara antes, allá por Galilea.\* Los diplomáticos, como los proverbiales maridos cornudos, somos los últimos en descubrir las novedades políticas; por eso, pese a estar más que advertido de la crisis de gobierno desde el pasado otoño, no supe de la salida de mi padre hasta que Miguel, el correo, lo confirmó.

El nuevo Gabinete (ministerial) pocas sorpresas presentaba —era aquél un régimen previsible— más allá de la presencia militar en carteras como Industria u Obras Públicas. Mi padre hubiese preferido que su relevo fuera el finalmente agraciado con Comercio (tal vez porque eran tocayos), pero es norma que todo sucesor venga a trastocar la política precedente.

—Un gobierno de plan quinquenal —resumió Rafael, que era al cabo mi tutor— durará un lustro.

—¿Eso es sinónimo de estabilidad? —dije yo.

---

\* Este manuscrito llegó a la editorial en un sobre sin remite, no habiendo sido posible identificar al autor (Alberto, Rafael o un tercero), pues todas las gestiones se han realizado mediante el bufete «Acero hijos», que ha mantenido total confidencialidad. (Nota de los editores, en adelante N. E.).

—O de no tener ganas de cambiar las cosas —me respondió.

Puede que algún lector muy bueno (o excepcionalmente malo) se pregunte por qué tenía yo un tutor si acabo de decir que mi padre vivía. No solo era Rafael un amigo de la familia —como el doctor del curso aquel de inglés— sino mi agente al mando dentro del Servicio. Precisamente mi padre había decidido que me faltaba pasar un año en el extranjero para acabar mi formación y mejorar mi dominio de idiomas, ¿qué mejor que Suiza para lo segundo y Rafael Sánchez para lo primero?

—¿Nosotros seguiremos dependiendo del Alto?

—Claro —respondió él—, y yo dependiendo del Teniente General.

Observé un gesto de dolor en su rostro: un rictus que últimamente se repetía con alguna frecuencia. Le habían diagnosticado de PROGNAT (pitido en la región ótica no asociada a tinnitus).

El invierno (contraviniendo la indicación de mi querido colega JB voy a hablar del tiempo), había sido muy suave en la zona del lago Ginebra; «la corriente del Golfo», como decía en burla Rafael. Yo vivía en la *rue* de Les Arts Florissants, ocupando unas buhardillas con otros dos «*junior servicemen*»; Rafael, tras su primera estancia en una pensión (ver «El último de Cuba» en esta misma colección) se había asentado en un piso amueblado de la calle Beta, en un barrio de la zona nueva, con todas sus calles perpendiculares y nombradas según el alfabeto griego; aquella situación le era conveniente para sus repetidos viajes a Mont-roux, donde seguía su hija Pilar, la nieta —morganática, decía él— del Tte. Gral. (próximo Capitán General).

Tal vez un lector futuro haya fruncido el ceño —ese gesto que sólo se ve en las novelas— ante la mención del Alto, sin más explicaciones. Dicen mis editores que las incluya ahora: no se trata de la calle del Alto, tan popular en los barrios bajos (que ocupan las zonas altas) de las ciudades con mar como Barcelona, Cartagena o Málaga,



tampoco de un Alto Comisionado para los Refugiados (que resulta ser un señor bajito que vive en Suiza agradablemente refugiado él mismo), ni de un acrónimo para esconder el Antiguamente Llamado Tratado de la OTAN... ¿es un pájaro?, ¿es un avión?

En realidad es el Alto Estado Mayor, a los efectos un chalet con piso bajo y principal en la calle Vitruvio (tantas veces mal escrita con –b– en todo tipo de textos por *tipos* que se creen premios Nobel como Juan Ramón para escribir con jota o como García Márquez para cambiar la ortografía del español, llamado ahora castellano). Treinta años después —añado yo ahora, el author, author!— de las aclamaciones teatrales, estaría en esa calle la Fundación Mamón Pareces, que tanto nos becara en tiempos más felices. Mientras Alberto y Rafael hablan es el General Caballero Cabanillas el responsable provisional del Alto; cuando el polvo del cambio de Gobierno se asiente será el futuro Capitán General quien pase a ocupar el puesto. Sería el segundo de tal rango además del Dictador (nunca hay segundos) tras recuperarse de una de sus crónicas crisis de salud y esperábamos o temíamos su visita en Suiza para un «cambio de aires» de un momento a otro. Por ello —y ahora tiene el paciente lector recompensa por su comprensiva espera— el gesto dolorido de Rafael contaba con todo tipo de justificaciones: fisiológicas, familiares, profesionales y morales.

—Entonces —pregunté para distraerlo—, otra reorganización burocrática en el servicio...

—Claro —asintió Rafael—, seguramente la Sección Segunda (SS) pase a ser Sección Tercera (ST) y se creen cuatro (por mor de la simetría) «grupos especiales», a saber: Externo, Interno, Laboral-Social y Universitario.

—Con los intelectuales exiliados controlados por el último, presumo.

—Eso mismo, y ahí entramos nosotros.

Ginebra, bella ciudad situada en las orillas del lago del mismo nombre... no, tachar esto, era para un artículo de «Home and Away», la satinada revista que finalmente lo rechazó. *Da capo*:... Ginebra, no siendo capital estatal sino cantonal, no contaba con una «base» propiamente dicha; pero el Servicio había decidido tras los acontecimientos del año pasado que bien merecía la pena disponer de una sucursal de las bases de París y Berna. En la primera teníamos al comandante Arozamena, buen amigo de Rafael, en la segunda al joven y no tan amigo Azcona.

—Con Arozamena tuviste la aventura aquella del monedero falso, ¿no? —pregunté «interrumpiendo el hilo de sus pensamientos».

—Sí —contestó— una de las pocas ocasiones en que lo divertido y lo útil se dan cita en este oficio.

La aventura (un tanto equinoccial) había ocurrido antes de establecerse Rafael en Ginebra, al ofrecer un anarquista español una maleta de dinero falso —varios millones de 1956— e información sobre las placas que permitió detener a varios miembros de la trama a mayor gloria del inspector Cocteau, nuestro contacto en la *sureté* parisina. El anarquista, que luego fue medio amigo de mi padre, no pedía otra cosa que poder volver a España libre de cargos ¡para montar un bar en la costa mediterránea! No aguantaba más el tiempo centroeuropeo... atavismos patrios.

La no-base de Ginebra, decía —esto parece una receta de gin-tonic—, ahora que el servicio se ha pasado con armas y bagajes al whisky (tal vez con demasiado entusiasmo por parte de Rafael, si se me permite criticar a un superior), la no-base era ¡cómo no! un chalet con piso bajo y principal bajo el rótulo/tapadera de HSBC: Hispano-Suiza Bijou Corp. Un marbete multilingüístico que pretendía llamar la atención sobre lo improbable de su comercio para mantener alejados a los posibles incautos compradores de buena fe.

Esta conversación tenía lugar en el bar del Hispano-Suiza, regentado por un argentino, aquel mismo Miguelito al que hemos llamado antes el correo (del zar) pues aprovechaba los presuntos viajes a España con la excusa de aprovisionarse para llevar y traer mensajes reservados. Exiliado con el General Rodríguez, aseguraba haberlo conocido en los buenos tiempos del Country Club, en compañía de una chiquita con la que el general se consolaba de la reciente muerte de su primera esposa. Llamaba «El Quilombo» a aquel pequeño local cuya especialidad era la *raclette* de queso manchego (particularmente inapropiado para tal efecto) y el chimichurri que en realidad adquiría en grandes envases en un supermercado de las afueras (el Makró) y vertía después en unos pequeños «convoyes» resultando siempre en churretones laterales. La conversación, decía, con Rafael acodado en la barra y yo respetuosamente en oblicuo izquierda, tenía lugar durante la hora de formación en criptografía (de cuya materia era su único alumno pues mis compañeros estaban en la especialidad de imagen y sonido) y a esta altura él había consumido ya una extraña mezcla de vino rosado, pacharán y ponche con hielo. La clase, práctica según Rafael, había sido llevada hábilmente hacia una anécdota verídica:

«... esto debió de ser en junio —me contaba—, porque en el barrio Acho Tío, de las afueras de Ceuta, el calor era insufrible. El oficial al mando era Moracho, alias morito, y yo el experto criptógrafo... los dos indocumentados y pendientes de una avioneta monomotor en el aeródromo de Arrumi; el sujeto, un antiguo agente argelino, auténtico *pied-noir*. Para nuestra sorpresa apareció muerto de un tiro al poco de llegar nosotros y huimos por pies hacia la playa, temiendo más ser descubiertos por la policía que por el asesino ¡ese debía de estar ya al otro lado de la frontera!

—¿Entonces no sirvió de nada?—le dije yo desanimado ante mi gaseosa de bolita.

—Para un buen criptógrafo la escena de un crimen es un mensaje interesantísimo —contestó—, el flexo encendido a mediodía, el papel secante debajo y no encima del cartapacio... y unas letras en la pared medianera: «RACHE».

—¿Rachel, era todo por una mujer?

—No, hombre, no. Venganza en alemán, venganza alemana, una cosa wagneriana.

—¡Pero, te estás quedando conmigo! Eso es de Sherlock Holmes... —(no se extrañen del tuteo, en el bar todos nos tuteábamos y todos pagábamos lo nuestro, sin escotes ni tonterías).

—¡Muy bien! —respondió Rafael—. Precisamente vamos a seguir la clase con los «hombrecillos danzantes» aquellos de Conan Doyle y su aplicación a la criptografía.

Miguelito había decorado el «Quilombo» de forma harto abigarrada: un afiche de Gardel que conmemoraba los veinte años de la muerte del cantante francés y la inevitable leyenda «Cada día cantás mejor»; varias efigies de San Martín (su héroe libertador por oposición a la antipatía que le producía Bolívar); varios discos de pizarra con tangos del propio Gardel y otros..., así como una foto dedicada de su ídolo futbolístico, Corbatta. Sin embargo, Di Stéfano era su bestia negra tras nacionalizarse español el año anterior. Pero seguramente, lo más original de todo aquel santuario era una foto desvaída en color sepia, según él de la coronación de Jorge V a la que habría asistido su padre, marinero entonces de la Armada Argentina. Ciertamente el propio Miguelito tenía unos cuarenta y ocho años y decía haber estado en el ejército combatiendo en unas sangrientas escaramuzas contra Bolivia, pero la aritmética y la geografía no acompañaban.

El resto de la planta baja del palacete estaba atiborrado, para despistar, de objetos relacionados con la joyería: fotografías de ámbar,

amatistas, esmeraldas, jade, jaspe, cuarzos (sobre todo de aventurina verde), rubí, zafiro, turquesa... y herramientas: limas, limatones, lijas, buriles, granetes, fresas... , todo ello prestado por la sección operativa y sus contactos con el Gremio de Joyeros de Madrid. De aquel gremio se decía que había instaurado un servicio de apoyo mutuo ante las incursiones de la Señora del Capitán General (del actual, si me siguen, no del futuro, hombre muy austero) «arramblando», como decía textualmente un documento interno, con las mejores piezas de sus exposiciones. Posiblemente era una leyenda urbana; las auténticas compradoras de joyas en aquella época eran las «artistas», ora *motu proprio* o *modus vivendi*, cuando se las regalaban sus admiradores calvos de fino bigotillo y gafas con montura metálica. Pero me estoy desviando de mi asunto, justo lo que aquella decoración de guardarrropía intentaba ante posibles visitantes indeseados. El rincón favorito de Rafael por aquel entonces era un oscuro hueco de escalera que acogía el no menos oscuro póster de Servetus, conmemorando los cuatrocientos años desde su ejecución en la Ginebra dominada por Calvino.

El único asiduo del Quilombo que desagradaba a Rafael, según me contó inmediatamente, era el Capitán Sanmartín (sic), que siempre explicaba su manía de escribir el apellido junto y sin tilde, por no recuerdo qué lejanos líos heráldico-notariales allá por Lore-Toki. Con una amplia formación, tanto civil como militar, su mala fama provenía de presuntas actividades A. I. (no de Inteligencia Artificial sino de Asuntos Internos); tal vez por ello pasaba tanto tiempo en el bar, siempre el mejor lugar para captar chismorreos. El capitán tenía un hígado de titanio y suponía una pésima influencia para Rafael, que en su presencia bebía aún más.